

Conversación de Cosimo Schinaia¹ (CS) con Dimitris Malideli² (DM), para la revista *Oedipos*, 23, pp. 7-54.³

DM: Estimado Dr. Schinaia, me da mucho gusto tener la oportunidad de realizar esta entrevista para la Revista griega de psicoanálisis *Edipo* (Οιδίππου). Ya tuvimos una entrevista hace unos años que se publicó en la web de la Sociedad Helénica de Psicoanálisis. Me gustaría volver a algunos de los temas de esa entrevista, pero primero me gustaría que hablaras de tu formación, de tu trayectoria profesional.

CS: Desde que comencé en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Pavía, mi formación psiquiátrica estuvo contaminada por el psicoanálisis, y mi formación analítica, que también comenzó entonces, estuvo a su vez contaminada por la psiquiatría. Mi trabajo psiquiátrico, incluso el más obstinadamente antiinstitucional, ha podido sustentarse en mi análisis personal y en mi trabajo en el consultorio, así como mi actividad como psicoanalista ha podido beneficiarse mucho de mi experiencia psiquiátrica en el campo de las patologías graves. Después de varias experiencias profesionales, aterricé en Génova, donde dirigí el Hospital Psiquiátrico de Cogoleto hasta su cierre, las residencias de Quarto y el Departamento de Salud Mental de Génova "Centro". Fundé y dirigí durante varios años la revista *La via del sale* [El camino de la sal]. Una de las rutas de la sal más antiguas partía del puerto de Génova: cruzando primero los Apeninos y luego los Alpes, permitía el tránsito de mercaderías y llegar a Europa. El nombre de la revista *La via del sale* intentaba subrayar las características de practicidad y apertura que debía contener. El director y los editores podrían asimilarse a los *stradini*, herederos de los *curatores viarum* de la antigüedad romana, que se ocupaban de restaurar y mantener abierto y transitable ese vínculo fundamental entre la costa y el interior, invitando a todos los operadores de salud mental, psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, enfermeras, a reflexionar y escribir sobre las relaciones entre psiquiatría, psicología, psicoanálisis, medicina y humanidades. Posteriormente, tuvo lugar mi larga experiencia como editor en el colectivo de trabajo de *Psiche*, la revista de cultura psicoanalítica de la

¹ Psiquiatra, psicoanalista, Miembro ordinario con funciones de formación en la Sociedad Psicoanalítica Italiana (SPI) y miembro de IPA.

² Psicólogo Clínico, MSc en Psiquiatría Social, psicoanalista, Miembro de la Sociedad Psicoanalítica Helénica y miembro de la IPA.

³ Entrevista publicada en versión bilingüe (griego-italiano). Traducción al español desde la versión italiana realizada por Cálamus Textual.

Sociedad Psicoanalítica Italiana. Fortalecido por mis inclinaciones al mestizaje cultural, formé parte de la *Interface Party* y la *Outreach Platform*, comisiones de la Federación Europea de Psicoanálisis para el estudio de la interfaz y relaciones del psicoanálisis con otras disciplinas durante muchos años. He colaborado en varias ediciones del Festival de Ciencias de Génova, organizando y participando activamente en discusiones con filósofos, científicos, semiólogos, historiadores, arquitectos. En 2003 contribuí a la fundación en Génova de la asociación cultural Arquitectura, Modernidad y Ciencias (AMS) junto con el arquitecto Enrico Pinna. AMS da voz al creciente interés por las cuestiones que plantean las interrelaciones entre arquitectura y psiquismo y, en particular, por los temas de calidad de vida, temas en torno a los cuales se coagulan aportes de diversas partes de Europa y América. Actualmente trabajo en el consultorio como psicoanalista, superviso candidatos y enseño en el Instituto de Formación. Es probable que por haber nacido en Tarento —una ciudad de Apulia que fue capital de la Magna Grecia, y que desde el centro del golfo mira a esa porción del Mediterráneo que lleva el nombre de Mar Jónico—, haya favorecido la construcción de una vida profesional situada en la encrucijada de diferentes especializaciones e intereses. Y es igualmente probable que Génova, adonde llegué por razones de trabajo, se haya convertido en mi Ítaca por una suerte de descubrimiento y reconocimiento de mis raíces. Génova es, en efecto, también una ciudad marinera, soberbiamente asentada sobre un gran puerto y protegida por montañas que se elevan rápidamente hasta la cima, con el privilegio de estar situada en el centro de un golfo bañado por el mar de Liguria y dentro de una estrecha región fronteriza con Francia.

DM: En tus libros *Il Cantiere delle idee* y *El pesebre de los locos, escenas de un manicomio* nos cuentas que has vivido personalmente los años de la reforma psiquiátrica y el cierre de los asilos... en definitiva, los grandes cambios en la atención y de rehabilitación psiquiátrica, que recordamos con la célebre frase “la libertad es terapéutica”.

CS: El asilo representó la institucionalización de la violencia en la psiquiatría, el abuso de la ciencia contra el sufrimiento mental indefenso, constituyéndose como un lugar de segregación e incomunicabilidad favorecido por el anonimato y el embotamiento psicofarmacológico, por la sustracción radical de las dimensiones de tiempo, espacio y las consecuentes formas de regresión, pasividad, impermeabilidad a las relaciones interpersonales y cierre al contacto con el mundo externo. La reanimación institucional que, como psicoanalista, junto con el equipo terapéutico que dirigí, traté de implementar para un hospital psiquiátrico superador, fue la primera acción de enfrentamiento directo a la cronicidad.

Consistía en un trabajo antientrópico para contrarrestar la tendencia al estancamiento, la inmovilidad y la indiferenciación, proponiendo acciones como el movimiento, el ritmo, el espacio y el tiempo, que la experiencia del asilo inexorablemente habían forzado hasta el agotamiento. Ponerle nombre a los pacientes, reconstruir o construir juntos una posible historia, un pasado, un presente desde cero y una proyección hacia el futuro, ayudándoles a marcar los ritmos de una vida cotidiana no-muerta a la que era posible atribuir un significado. Eran operaciones complejas que requerían un conocimiento profundo del trabajo psicoanalítico y de grupo para no correr el riesgo de caer en conductismo y pedagogismo. La agotadora pero gratificante experiencia de trabajar dentro del hospital para superar esa situación me ayudó, por un lado, a pensar los servicios psiquiátricos post-asilo (servicios territoriales de salud mental, comunidades terapéuticas, casas de familia, servicios hospitalarios de diagnóstico y tratamiento) como lugares especializados, también arquitectónicamente definidos y reconocibles en su función, en los cuales se formalizó e institucionalizó la comunicación relativa a la solicitud de tratamiento y la oferta de un servicio terapéutico y asistencial, por ejemplo, las salas de primera consulta y psicoterapia, tanto individual como grupal, dentro de los servicios territoriales de salud mental. Por otro lado, sin embargo, sentí cuán necesario era prever que los procesos institucionales se interconecten con los lugares intersticiales, alejados de un lenguaje formal y fuertemente codificados y abiertos a una comunicación informal, no jerárquica y divisoria, donde depositar lo latente en estructura y significado, lo que permanece informe, no formulado, en “transición” en la psiquis, como escribe Roussillon (1988). Un espacio intermedio entre relación común y relación especializada, entre la espontaneidad del encuentro humano y la intencionalidad del marco terapéutico. No se trata de reproducir *tout court* la excesiva personalización del entorno domiciliario en el nuevo entorno asistencial, como más o menos ha ocurrido en algunas experiencias de transporte mecánico de los dormitorios de las personas mayores en residencias geriátricas. Sería una operación de transposición más que inútil, engañosa y confusa, porque reemplazaría la tramitación de la pérdida con un taponamiento superficial y falso. Y ni siquiera tienes que pensar en lugares de residencia excesivamente coloreados y desprejuiciadamente anticonvencionales que, mediante la suposición de una especie de ideología de Disneylandia, se refieren más al entretenimiento e infantilización que al cuidado respetuoso. Es objetivamente más difícil, pero ciertamente más fascinante pensar y crear caminos de libertad y democracia efectiva que faciliten, acompañen y protejan la entrada y la salida, el pasaje de afuera hacia adentro y viceversa. Diseñar trayectos que se entrelacen e interconecten con lugares de espera o de paso, espacios de transición que permitan acostumbrarse de manera sobria al nuevo paisaje. Lugares que involucren lo doméstico y lo público a través de la mezcla de elementos conocidos y desconocidos, lugares de reconocimiento y valoración de la identidad

anterior, que permitan asumir la nueva identidad de estar enfermo. Espacios participativos pero no invasivos, que protejan la intimidad, pero no de manera autoritariamente prescriptiva; que de manera discreta y dúctil garanticen la necesidad de la persona enferma de aislarse sin tener que renunciar a la posibilidad de comunicarse con los demás. Uno de los modelos de referencia para la comunidad de rehabilitación psiquiátrica, por ejemplo, podría ser el camino arquitectónico del convento franciscano, lugar de acogida y de dulzura de las relaciones humanas.

A veces los psicoanalistas tenemos la tentación de referirnos a un mundo interno mítico y mitificado en el que éramos competentes y exégetas, perteneciente a un ser humano desconectado de los paisajes a los cuales ha dado forma por las vicisitudes y los imprevistos de la historia real, por la fluctuación de sus fronteras. Después de una fase idealizada de la separación del mundo interno, ciertamente reactiva a la cultura positivista que no daba espacio a las determinaciones emocionales-afectivas en la observación de los hechos, tenemos que reconocer, sin embargo, que el conocimiento y el cuidado interior requieren tanto abandonar habilidades excluyentes de escotomización como una curiosa atención y una cura atenta exterior, sin cortes, sin cesuras. El territorio exterior es interior para Freud, y también los territorios interiores invaden y transforman la composición, la partición y los límites de los territorios exteriores en un trabajo de ósmosis continuo e infinito.

DM: Como tenemos en común una experiencia laboral en servicios psiquiátricos públicos, me gustaría preguntarte qué piensas respecto de la dificultad para el psicoanálisis y para los psicoanalistas acerca de encontrar espacio dentro del sector público. ¿Podría construirse una fructífera colaboración o debemos tomar nota que se trata de un encuentro imposible? En verdad yo, junto con otros colegas hemos sido atraídos e inspirados relativamente temprano por las reflexiones de Otto Kernberg sobre la “transferencia focalizada”, buscando dejar una impronta psicoterapéutica orientada psicoanalíticamente a la actividad clínica en el Centro de Salud mental.

CS: Debemos defender con decisión el papel central del psicoanálisis en la comprensión de estructuras psicopatológicas y personológicas, y del valor que el síntoma puede asumir dentro de ellas, para llegar a un método de investigación clínica sin duda más rico que los simples niveles de gravedad que, en su a-teoricismo arrogante, propone el DSM. Al mismo tiempo, es necesario afirmar que si bien la psicopatología se enriquece con la mirada psicodinámica, el psicoanálisis necesita de la psicopatología y también de los conocimientos que provienen de la moderna neurobiología,

como el propio Freud parece sugerirlo a veces.

Sigue siendo necesario que la relación entre la historia de experiencias traumáticas y la historia de experiencias psicopatológicas del sujeto se ubique como un campo en tensión, dentro del cual ningún término simplemente "explica"

o reduce los otros. Una rigurosa reinterpretación crítica de las pretensiones etiológicas y autorreferenciales de un discurso psicoanalítico autosuficiente daría valor al trabajo de construcción-transformación al interior de la relación psicoterapéutica de orientación psicoanalítica, limpiando el campo de muchos malentendidos. Freud escribe (1915-17, pp. 418): "El psicoanálisis es a la psiquiatría más o menos como la histología a la anatomía: el segundo estudia las formas de los órganos externos, el otro las configuraciones a partir de los tejidos y de partículas elementales. Una contradicción entre estos dos tipos de investigación, una de las cuales es la continuación de la otra, es difícil de concebir". La observación psicoanalítica *prolonga* la observación psiquiátrica, pero al mismo tiempo se aleja de ella, dirigiéndose hacia una evaluación que encuentra al interior de su teoría y su clínica las propias referencias y las propias validaciones. La psiquiatría contemporánea, preponderantemente organicista, identifica el síntoma con exactitud, pero lo considera como una maleza que hay que erradicar farmacológicamente y no como señal de un malestar más profundo que a través de ese síntoma sale a la superficie. El analista que hace un trabajo psicoterapéutico en los servicios de psiquiatría debe permitir que el paciente, a través del ejercicio continuo de comprensión, internalice una función de la mente que dé sentido a los estados de ánimo y los contenga, de manera que refuerce estructuralmente y no solo sintomáticamente la identidad personal y las estructuras defensivas. Llegar a hacer un diagnóstico genético del trastorno, sin eludir por esto la necesidad de reconocimiento y mejora del síntoma somático, permite construir un proceso diagnóstico no apriorístico, no automático sino a medida, con los tiempos y ritmos apropiados para capacidades transformadoras puestas en marcha en la relación psicoterapéutica. La función psicoterapéutica del analista dentro del servicio de atención es absolutamente necesaria, en tanto surge como garante de la simbología de todos los modos de comunicación y su transformación narrativa dentro del campo relacional. En una lógica pedagógico-conductista, el paciente es considerado como una persona a quien ofrecerle las oportunidades que perdió en el curso de la vida y a quien enseñarle a realizar funciones —relacional, familiar, profesional—, de las cuales, debido a una enfermedad mental, perdió el conocimiento o maestría. El riesgo de un abordaje como este es perder de vista aspectos productivos y socializadores del paciente; si no está calibrado y estimulado en sus tiempos de procesamiento y crecimiento mental, puede alimentar la escisión, favoreciendo el fortalecimiento del falso yo, adaptado a las exigencias del contexto, pero separado de su núcleo interno dramático y sufriente o vaciados y sin

recursos. En segundo lugar, ya que a menudo el drama de estos pacientes está constituido por la debilidad de fuerzas cohesivas del yo, es necesario que este aspecto se ubique en el centro del interés terapéutico y tanto en las prestaciones como tales. La función de la psicoterapia, aun la centrada en la transferencia focalizada, aun la que tiene la función de apoyo, consiste en crear las condiciones que permitan al paciente ponerse en un proceso creativo y no responder a un vacío que es necesario llenar o a un defecto que habría que reparar. La psicoterapia con orientación psicoanalítica en los Servicios, por lo tanto, debería promover la reintegración de los pacientes, aun los graves, a un circuito de interés y deseo, a pesar de las instancias destructivas que casi siempre han caracterizado su desarrollo, impidiéndolo o haciéndolo altamente discordante.

DM: Antes de pasar a otros temas más específicos de los que te ocupas, ¿podemos hablar de la impredecible situación individual social en relación con la crisis de la pandemia? Tú fuiste uno de los primeros analistas en hablar de los efectos de la epidemia, de problemas relacionados al *setting*, del camino azaroso en la nueva condición humana de pacientes y terapeutas.

CS: Money-Kyrle escribía en 1931: "Si queremos vivir para siempre debemos continuar adaptándonos a nuestro entorno y nuestro entorno a nosotros mismos, y también debemos prever y anticipar las adaptaciones que algún día serán necesarias". Pienso que la afirmación de Money-Kyrle representa simultáneamente el elogio de la flexibilidad y el rigor, y puede ser válida para el psicoanálisis y los psicoanalistas en tiempos de coronavirus. A pesar de que la emergencia no puede ser prevista por definición y no se pueden prescribir reglas de comportamiento abstractas y generales a priori, sus dinámicas pueden ser vividas y estudiadas como un experimento de dimensiones extraordinarias y excepcionales que pueden proveer instrumentos útiles de elaboración, ya sea para cuando retorne una relativa cotidianidad o para tener una base de experiencias para utilizar en otras eventuales emergencias. Deberíamos, por lo tanto, tomar distancia de experiencias opresivas de cataclismos y disponernos a un constante trabajo de interrogación de una realidad evasiva y versátil, plural y ambivalente, y de cómo nos posicionamos en ella con incertezas, con flexibilidad y cautela, con un escepticismo no cínico, sino impregnado de cierta ingenuidad indagadora, para descomponer e interpretar lo que está cambiando en el mundo. Bion destaca la necesidad de "realizar la ingenuidad de la visión cuando un problema está tan sobrecargado de experiencia que sus contornos se han vuelto confusos y sus posibles soluciones oscuras. [...] La capacidad del analista de conservar la sustancia de su formación y su experiencia, y sin embargo para lograr una visión

ingenua de su obra, le permite descubrir por sí mismo y a su manera las verdades descubiertas por sus predecesores” (Bion, 1963, pp. 107). Buscar calmar la sensación de desorientación, de volatilidad y la precariedad de los proyectos de vida en etapas históricas nuevas e impredecibles como la actual, esgrimiento certezas del pasado, nuevos *laudatores temporis acti*, como definió Horacio a los viejos que no aceptaban lo nuevo del presente y, en consecuencia, explicar esa desorientación apoyándose únicamente en los “textos sagrados”, en la fuerza de la tradición, es aparentemente tranquilizador, ya que es esencialmente una operación antieconómica. Creo que es un deber terapéutico, ético y cultural del psicoanalista comprender cuánto hay que prolongar como situación excepcional ese “campo de gravitación” en el que se definen y se colocan las relaciones entre curado, curante y el mundo. La remodelación temporal del entorno —que puede ser necesaria en situaciones excepcionales como la que estamos viviendo—, no tiene nada que ver con la *desregulación*, es decir, con modalidades autónomas y no respetuosas de reglas técnicas con las que se puede llevar a cabo una relación analítica que, mediante reglas dúctiles, contempla la forma en que se representa la ley en esa relación para enfrentar las vicisitudes de la existencia, aceptando su incertidumbre y complejidad, evitando la ilusión antieconómica de pretender gobernar lo que no es completamente gobernable. Si se reduce con demasiada facilidad lo desconocido a lo conocido, lo incongruente a lo congruente, corremos el riesgo de convertirnos en cómplices de resistencias relacionadas con la angustia y alejarnos de la no inmediata solución de los problemas. Toda evolución auténtica pone a prueba nuestra capacidad de tolerar la precariedad de la verdad en tránsito, de conocimiento abierto, de la cual debemos nutrirnos para alcanzar un saber insaturado sin ceder inmediatamente a la impaciencia de la significación definitiva. Pequeñas verdades, pero que no se pueden ignorar porque sustentan y promueven transformaciones psíquicas y que pueden ser exploradas de manera útil en profundidad siempre que no pierdan la connotación, el estatus de verdades en tránsito expuestas infinitamente a nuevas transformaciones en relación a nuevas experiencias. Ante el contacto con una nueva realidad es necesario pensar herramientas que, al referirse a lo conocido, tengan en cuenta los nuevos contextos y cómo interactuar con ellos. René Kaës (2013) nos invita a arriesgar análisis nuevos, a fabricar herramientas mentales, proponer modelos de inteligibilidad para pensar de nuevo y de forma provisoria esta relación con lo desconocido que hemos elegido como nuestra manera de estar en el mundo.

La mayoría de los analistas probó de usar las sesiones a distancia o por teléfono, no tanto y no solo como sucedáneo del encuentro impedido en el consultorio, sino como posible aumento de las propias “dotaciones técnicas” dentro de un cuadro de crisis sanitaria absolutamente imprevista. Son útiles algunas observaciones sobre cuánto, en las sesiones a

distancia, traen los pacientes, qué es lo que nos dejan ver y qué no nos dejan ver de su hábitat y el significado que evidencias y ocultamientos, o cuestiones puestas en segundo plano pueden tener al interior de la relación transferencia-contratransferencia. Obviamente es necesario evidenciar los aspectos negativos del nuevo *setting*. Después de las etapas iniciales de la experiencia a distancia, pude observar algunas dificultades como el apagado de la tensión transferencial, el exceso de concreción y por lo tanto la reducción de la simbolización en relación también con la contracción de los momentos de silencio, tan decisivos en la cadencia del ritmo, o el espaciado de las sesiones. Otras situaciones clínicas han evidenciado una especie de hipertrofia de la percepción sensorial que corre el riesgo de bi-dimensionar el campo analítico. La bidimensionalidad (alto-ancho sin profundidad), creando la ilusión del contacto entre pares y eliminando la asimetría necesaria, restaría espacio para que se manifesten aspectos regresivos. Los diversos sacrosantos relieves críticos no deben restar valor al puente de mantener el contacto que tal experiencia ha facilitado en un cuadro absolutamente excepcional, evitando decantar los magníficos destinos progresivos, de mitificar su valor absoluto. Algunos colegas han exaltado, en mi opinión superficialmente, el valor escopofílico de esta experiencia, en tanto permitió observar aspectos que de otro modo hubieran permanecido callados en el *setting* tradicional, sin tomar en consideración los significados de orden voyeurista-intrusivo. Vale la pena señalar una vez más el significado protésico en una fase emergencial, que puede ser utilizada como un intervalo de estudio y reflexión que transite el retorno, cuando sea posible, a un *setting* que permita un trabajo analítico cuerpo a cuerpo, más profundo y más rico y, por lo tanto, capaz de contener todos los intercambios emocionales de la pareja analítica. Concluyo con el pensamiento de que en la dramática crisis actual los analistas, con las herramientas que tienen a disposición, deberían contribuir para reavivar la capacidad de pensar, soñar y crear un futuro mejor y contribuir a valorar el sentido de la medida y la sobriedad, reaccionando a los sentimientos de catástrofe, del fin de la historia como la hemos conocido hasta ahora, que en estos tiempos difíciles pueden agarrarnos, contemplando con integridad y sinceridad también los aspectos desagradables de la existencia, pero fomentando la posibilidad de vivirlos con una mayor conciencia reflexiva a través del continuo y paciente trabajo de simbolización y elaboración.

DM: Me consta tu interés en temas culturales y redes sociales en las que intentas tener una perspectiva psicoanalítica, en áreas aparentemente lejos del psicoanálisis, como la arquitectura y el urbanismo, a las que abor das en tu libro *Interno Externo. Puntos de vista psicoanalíticos sobre arquitectura y urbanismo*. ¿Qué es lo que te impulsó a estudiar arquitectura?

CS: La comparación entre el conocimiento psicoanalítico y el arquitectónico, en una relación fructífera con la historia individual y la historia social, puede generar una atención fructífera a la complejidad del sistema simbólico que mantiene unida a la gente, los entornos, casas y ciudades. En este sentido, el psicoanálisis, la arquitectura y el urbanismo pueden encontrarse en pensar y diseñar ciudades, barrios, casas, balnearios, y más en concreto también los consultorios, mejorando e incrementando la potencialidad de contención psíquica y lugares en un continuo ir y venir, en incesantes idas y venidas entre dentro y fuera, y entre el exterior y el interior. Freud en "El problema del análisis realizado por no médicos" (1926) escribe que la enseñanza analítica debe entender la historia de la civilización, mitología, psicología de las religiones, literatura y que sin una buena orientación en estos campos el psicoanalista se encuentra perdido frente a gran parte de su material; y en una carta a Groddeck del 21 de diciembre de 1924 escribe: "Es difícil practicar aislado el psicoanálisis: se trata de una empresa exquisitamente colectiva". Freud no se molestó en circunscribir su teoría a un sistema orgánico, de hecho indicó los puntos de fuga, las zonas grises, las incertidumbres. El saber del inconsciente es un saber sin domicilio fijo. Son precisamente las intuiciones freudianas y el trabajo clínico en el consultorio los que me llevaron a ocuparme de las relaciones entre arquitectura y psicoanálisis. La calidad de las relaciones analíticas y el espacio en el que la relación se despliega, se constituyen no solo desde el contexto cognitivo y emocional, sino también del inmediato y penetrante contexto físico. El consultorio debe tener la capacidad de convocar diferentes tipos de asociaciones y ser capaz de favorecer los variados deseos de los ocupantes (Danze, 2005). El consultorio es continuamente requerido de convertirse en laboratorio artístico de transformaciones y habitaciones extravagantes, tanto en el mundo interno y externo. Cada evento en el consultorio debería ser percibido ante todo como un aspecto de la relación transferencia-contratransferencia, que puede afectar también la fisicalidad de ambos protagonistas de la relación: movimientos, ruidos provenientes del cuerpo o desde el exterior, cambios de luz o de temperatura. Esta capacidad de percibir, de vigilancia respecto de la accidentalidad y la aptitud para la exposición a ellos debería desarrollarse y entrenarse para recoger sus cualidades sin superponer inmediatamente un significado preconcebido. La organización y distribución del espacio externo al consultorio se afectan fuertemente por el funcionamiento psíquico del analista, de su ideología técnica, de cómo ve y oye el espacio relacional, de cuanto se involucre en la relación analítica o de cuán neutral se sienta, de cuántos o cuáles objetos internos entren en contacto con los objetos internos del analizando a través de la dinámica transferencia-contratransferencia. Del mismo modo, la realización arquitectónica, estética y funcional del espacio físico contenedor del *setting* de la sesión analítica, el

consultorio, no puede ser inmutable, ni dado por sentado y repetitivo, sino que tiene que lidiar con la necesidad de contextualizar gustos, comunicaciones, hábitos, rutas de movilidad, modificación de los materiales de construcción y mobiliario, las formas, el uso de la luz, que continúan cambiando. Es necesario tener en cuenta todas estas modificaciones socioculturales y tecnológicas; por otro lado no podemos ignorar los fundamentos de la teoría y la práctica psicoanalítica, así como las necesidades de profundidad comunicativa que, desde Freud en adelante, especialmente con referencia a las fases preedípicas de la vida mental y el cuidado de los estados psicóticos, han asumido una importancia siempre mayor. Pienso, por lo tanto, que el espacio exterior debe ser vital y actuar como marco simbólico de silencioso apoyo a las vicisitudes de la pareja analítica, no según modalidades predefinidas sino según modalidades creativas. Por lo general, los espacios de los consultorios europeos son menos amplios que los estadounidenses, por lo que la distancia del sillón del analista hasta el diván, en el que se recuesta el paciente, por lo general es menor, como menor es la distancia entre la mirada del paciente y las diferentes partes amuebladas de la habitación, y que, por lo tanto, más fácilmente remite al refugio primitivo.

En términos puramente perceptivos, esto da como resultado una escucha mutua diferente y una observación visual diferente, así como una cenestesis diferente en relación con la proximidad, la separación, pero también en relación con los materiales, la acústica y la luz, que deben tenerse en cuenta. Diferentes formas de las habitaciones y diferentes materiales se reflejan de manera diferente. El sonido es duro o blando, agudo o apagado, en respuesta a diferentes características que, por lo tanto, construyen de manera diferente los problemas de proximidad, seguridad, miedo, que la presencia o ausencia de sonidos adyacentes a la habitación misma —sonidos que provienen de la calle, voces en la sala de espera— pueden determinar. La experiencia de la intimidad en el consultorio parecería estar reforzada por la presencia de una ventana que marca la distinción entre lo inconmensurable del exterior y la intimidad del interior. Así como la experiencia de intimidad puede ser cuestionada debido a la distracción que ventanas demasiado grandes pueden causar, la visión del horizonte o de lugares lejanos introduce un sentimiento tangible de infinito, mientras el sentido de clausura de los espacios internos nos recuerda lo finito y lo tangible. La cantidad y, más todavía, la calidad de la luz natural al interior del consultorio es muy importante por cuanto las cosas que los ojos ven y los sentidos sienten en cuestiones de arquitectura están determinadas por las condiciones de luces y de sombras. Más frecuentemente, por ejemplo, los consultorios americanos parecen poseer mayor luminosidad que los europeos, no solo por los espacios amplios sino por el tamaño de las ventanas, el tinte de las paredes y el uso de los materiales y sus combinaciones. Todos estos aspectos inciden en la percepción de la luz natural, que puede a veces ser excesiva por el lugar de la intimidad y la

privacidad; al contrario, lo excesivamente oscuro alimenta angustias de soledad y de privaciones. Recuerdo los comentarios positivos de algunos pacientes cuando cambié en el consultorio la *chaise longue* de Le Corbusier —que por su forma determinaba una constricción espacial objetiva con relativa falta de comodidad y movilidad del cuerpo—, por una cama más ancha y blanda, lo que facilitaba relajación y movimientos corporales y, por tanto, la posibilidad de recordar sueños y fantasear. Otros pacientes, sin embargo, se expresaron en términos negativos sobre el cambio de la cama, ya que el asiento de inclinación variable de la *chaise longue* favorecía la posibilidad de regular la altura, por lo que también podía convertirse en una especie de sillón, mientras que la cama tradicional obligaba a la posición acostada. Me viene a la mente el sentimiento de provisionalidad y promiscuidad de un paciente que anteriormente había ido a otro analista, que lo había hecho acostarse en un verdadero sofá de la sala.

El paciente fantaseaba que sobre ese diván su analista tomaba café con sus huéspedes y que, por lo tanto, "apoyaba la cabeza donde los desconocidos apoyaban el culo"; por lo que no había nada, mucho menos ese diván, que no fuera promiscuo, o un lugar íntimo, solamente suyo y con una función bien individualizada. Por otra parte, creo que no existe la posibilidad de hablar del consultorio sin tomar en consideración los espacios adyacentes. La secuencia de la llegada tiene múltiples umbrales, sutiles y potentes elementos que marcan el territorio, y la dialéctica entre el interior y el exterior. La portería del edificio, su ingreso, las escaleras, el ascensor, el rellano ante la puerta, la antesala, la sala de espera, la higiene, son ejemplos de la secuencia espacial atravesada antes de pasar del espacio público a la intimidad de la casa y que posibilitan el juego, la oscilación virtuosa entre las dos dimensiones. Entrar y salir, el recibimiento y la despedida son una parte importante de la experiencia analítica. Los confines son por cierto físicos, pero pueden darse en modos diferentes. Algunos son claramente visibles, otros son invisibles, otros son implícitos, sugeridos, pero no por esto son advertidos, ya sea física o emocionalmente. Los límites reales o imaginarios del consultorio remiten espacialmente a los límites reales o imaginarios de la relación. Por cierto, no intento proponer un modelo arquitectónico de consultorio y me doy cuenta que se corre el riesgo de que una excesiva simplificación ponga en segundo plano la originalidad, la unicidad de cada consultorio, así como la integración de los datos espaciales y perceptivos con el mundo interno del paciente y la específica relación analizando-analista. Me parece útil mostrar que los aspectos históricos (es más frecuente que en Europa los consultorios estén dentro de las casas de los analistas con respecto a Estados Unidos), geográficos (en Estados Unidos, respecto de Europa, es mayor la amplitud de los espacios exteriores y es menor la densidad de la población y en consecuencia es mayor la amplitud de los espacios habitados), arquitectónicos (es mayor la importancia dada históricamente a la luminosidad de los interiores americanos, que sin embargo presentan techos

más bajos, en un cierto sentido potencialmente más opresivos, mientras los interiores europeos, también a causa de la antigüedad, y por la histórica necesidad de tener espacios reducidos y comunicaciones reducidas con el exterior para conservar el calor, son más frecuentemente menos luminosos, aunque la altura de las habitaciones sea generalmente mayor), sociológicos (el incremento de la profesionalización de la actividad psicoanalítica con la relativa exhibición de diplomas varios como trofeos, el respeto de estándares mínimos por estudios médicos, etcétera), y técnicos (las diferentes teorizaciones psicoanalíticas). Todos estos aspectos pueden entrar en juego en modo no neutral en la constitución del setting y por lo tanto en la constitución, experiencia e interpretación de los movimientos de transferencia y contratransferencia. Conocer y profundizar el impacto de los aspectos arquitectónicos y mobiliario del consultorio sobre la dinámica de la relación analítica favorece una valoración del setting menos ideológica y más integrada en sus diversos componentes.

D.M. Estamos viviendo en una fase histórica en la que la emergencia ambiental se convierte no en un problema entre tantos otros, sino "el" problema central para la supervivencia de la especie humana. En tu libro *Inconsciente y emergencia ambiental*, se advierte la intensidad de tu interés por la protección del medioambiente, especialmente por los efectos del cambio climático y más en general por los desastres económicos causados por el hombre en la era del Antropoceno y por los mecanismos que se defienden en la toma de conciencia de nuestra responsabilidad y de la urgencia del cambio en nuestro estilo de vida. ¿De qué manera piensas que el psicoanálisis pueda ser un instrumento teórico y clínico útil para afrontar la temática medioambiental en términos más ventajosos para las mujeres y los hombres?

C.S. Estamos rodeados por lo ambiental, respiramos en él, dependemos de él, pero al mismo tiempo lo tenemos dentro nuestro, en nuestra mente, nuestros sueños, nuestros conflictos, angustias, miedos. Justamente por eso el psicoanálisis no puede ser considerado un lujo sino un recurso valioso para profundizar los estudios de los mecanismos de defensa individuales y comunitarios frente a la toma de conciencia de los graves problemas ecológicos de hoy, de las catástrofes ambientales y de los desafíos con los cuales debemos medirnos. El psicoanálisis no puede dar respuestas prefabricadas y dar consuelo a problemas tan complejos que involucran miradas y decisiones políticas, económicas, sociales, pero sí puede ayudarnos a reflexionar sobre las preguntas que se plantean los individuos y las comunidades, evitando atajos simplistas y tranquilizadores. Los psicoanalistas de hoy, si bien se refieren a una cultura psicoanalítica anclada en la tradición, deben ser capaces de una gran apertura mental para enfrentar las nuevas realidades psicosociales y

profundizar en el estudio de los nuevos malestares de la civilización, de las nuevas declinaciones del sufrimiento psíquico en relación con la desintegración de las estructuras identitarias tradicionales, de los garantes metapsíquicos tal como los hemos conocido hasta hoy. No se trata por cierto de volver a proponer el viejo concepto de psicoanálisis aplicado, es decir la interpretación subjetiva, ahistórica, reduccionista y patologizante del intérprete de la realidad externa (sin ninguna posibilidad de confirmación o refutación), reportándola al trabajo inconsciente y a su desciframiento, sin tener en cuenta la multiplicidad de sus significados, sino de proponer lo que Lacan define psicoanálisis implicado, capaz, por lo tanto, junto a otros saberes, de entender e imaginar qué tipo de humanidad estamos construyendo. Bion (1973) dice que estamos en un estadio lo bastante avanzado para darnos cuenta de la vastedad de nuestros problemas, pero no tanto como para saber resolverlos. La información científica de la que disponemos es lo suficientemente clara y precisa como para permitirnos dar una mirada no distraídamamente sorprendida, sino conscientemente madura sobre los efectos del Antropoceno en nuestro planeta. Hoy tenemos conocimientos más que suficientes para representarnos los efectos corrosivos que el actual sistema de desarrollo y de descuido ambiental producen, induciendo el no reconocimiento de nuestra dependencia de la fecundidad de la biosfera; conocimientos suficientemente válidos para analizar nuestras ambigüedades emotivas. Desde una óptica ecológica, debemos mirar con alarma, no con optimismo ingenuo o indiferencia irresponsable el consumo ilimitado de los recursos del planeta, considerados como inagotables de manera irreflexiva. El hombre tiene necesidad de la Tierra, que necesita al hombre que, a su vez, debe estar abierto al intercambio y a la cooperación con los otros elementos del ecosistema cultural y biológico, aceptando sus límites. A causa de la epidemia de coronavirus en China, las medidas adoptadas para contener la difusión viral han favorecido una notable reducción del consumo de carbono que, junto a la drástica disminución de los vuelos aéreos, ha dado consecuentemente un descenso de los niveles de emisión de CO₂. Lo mismo sucedió en países en los cuales hubo drásticas reducciones de la producción industrial y del tráfico automovilístico y aéreo. Este dato, aunque en un marco de crisis, demuestra el poder de una acción colectiva sobre las emisiones de CO₂ y puede considerarse un experimento de la real capacidad de enfrentar la crisis climática. Bastó un período de pocos meses (en términos cósmicos menos de un instante) para que todo el ecosistema obtenga un beneficio del freno a los que los humanos hemos sido obligados. Las aguas de los mares y los ríos se volvieron más transparentes, el cielo poco a poco fue perdiendo el gris que lo caracterizaba para volver a ser azul; vimos vagar animales en nuestras ciudades sin automóviles, algo que nunca hubiéramos pensado. Vale la pena valorizar estos resultados ambientales, creando en todos los niveles una transición ecológica, en donde la biodiversidad sea protegida, las energías renovables

sean más incentivadas en lugar de los combustibles fósiles, con mecanismos de producción menos nocivos y contaminantes respecto del pasado. Debemos construir el futuro de nuestros hijos y nietos, evitando que el negacionismo, la fosilización y el enquistamiento tan presentes en la psiquis hoy pueda reproducirse en las generaciones futuras, reproduciendo los graves daños que ocasionamos al medioambiente, como una hipoteca para nuestros descendientes. ¿Cómo afrontar la clara contradicción entre, por un lado, las imágenes de progreso, de lo inagotable, del desarrollo ilimitado que se ha erigido como modelo insuperable y, por otro, las hambrunas y la información sobre el clima que llueve dramáticamente sobre nosotros? ¿Cómo podemos encontrar nuestro camino a través de imágenes e información tan conflictivas entre sí? ¿Cómo es posible que la humanidad no sepa que su forma de vida la pone en peligro? Un individuo que se involucra en tal comportamiento sería considerado loco o suicida. ¡Cuán inmersa está la condición humana en un conflicto tan intenso! Exterminamos a otras especies vivas y luego trabajamos duro para salvaguardarlas de la extinción;

destruimos el ecosistema y a la vez damos alarmas para salvar el planeta; construimos casas frágiles en zonas sísmicas y, cuando llega un terremoto, descubrimos virtudes heroicas, arriesgando nuestras vidas para tratar de salvar aunque sea una de los escombros. En *Los hundidos y los salvados*, Primo Levi (1986) identifica esa zona gris del ser humano en donde conviven pulsiones emocionales, afectivas, éticas de diversa índole, incluso conflictivas, que hay que tener en cuenta especialmente en situaciones catastróficas. Uno de los primeros en explorar esta zona gris, resaltando nuestras defensas patológicas fue el psicoanalista norteamericano Harold Searles que, en los años de la amenaza atómica y el miedo por la destrucción del planeta, dio sentido y valor al ambiente "no humano", al hábitat cotidiano, ampliando la intuición de Donald Winnicott a propósito de la fusión del bebé con la madre (ambiente humano) y de la relación del hombre y el entorno. El mundo vegetal, los animales, las estructuras arquitectónicas de los ambientes domésticos y extradomésticos, los muebles, juegan un papel igualmente crucial en el entorno emocional y el medio social para el entrenamiento psíquico, especialmente en la infancia. Searles afirmó también que la apatía generalizada de la humanidad en relación con la crisis ecológica se basa en gran medida en las defensas inconscientes del yo contra diversos tipos de ansiedades y que se manifiestan en varios niveles en relación con el desarrollo del yo de los individuos. Nuestra relación con el entorno está impregnada de ambivalencia y destructividad, y las defensas del yo oscilan entre la dependencia y el control, la sumisión y la explotación, la envidia y la gratitud. Después de Searles, habrá que esperar hasta la década de 2000, después de un largo silencio culpable, interrumpido solo por algunas voces aisladas, para que se reanuden las reflexiones psicoanalíticas sobre la relación hombre-ambiente con Sally Weintrobe, Joseph Dodds,

Renne Lertzman, Luc Magnenat, y quien suscribe. Intento esbozar las características de algunas defensas, de las diferentes formas de rechazo que entran en juego cuando nos enfrentamos a la emergencia climática: negación, denegación y negacionismo. Cada una de estas formas implica efectos radicalmente distintos: a) La *negación* implica la afirmación de que algo “realmente no existe”, cuando en realidad existe y nos ayuda a defendernos de la angustia y la pérdida. Es un modo de rechazo que se constituye como la primera etapa transitoria del duelo en la aceptación de una realidad dolorosa, difícil de sobrellevar. El individuo dice no a la realidad, pero no la distorsiona. El individuo puede comenzar a decir “no es cierto”, luego, aunque con enojo, acepta que es cierto y finalmente comienza a sentir dolor y aceptación.

b) La *denegación* presenta un problema más serio, ya que sabemos y no sabemos. Por un lado, la realidad es conocida y aceptada; por otro lado, en una especie de alquimia psicológica, su significado se minimiza fuertemente. Un ojo abierto y un ojo cerrado. Con el tiempo, este modo defensivo es particularmente peligroso e intratable porque nuestras defensas tienden a volverse cada vez más rígidas y arraigadas en relación con el aumento de las ansiedades.

Nos ubicamos en una realidad alternativa para mantener a raya las emociones negativas crecientes e, inconscientemente, atacar perversamente el sentido racional, proponiendo una especie de anti-sentido. c) El *negacionismo* se reconoce fácilmente, consiste en la difusión intencional de la desinformación por intereses políticos, ideológicos o comerciales. Es una modalidad defensiva organizada y planificada en términos sumamente cínicos, cuando no perversos, y lo encontramos en campañas políticas o en hojas explicativas que promocionan un producto, restando valor a este o simplemente cuestionando los descubrimientos científicos en materia de cambio climático.

Perversamente, el escepticismo conduce primero a la simplificación de los problemas, luego a un relativismo reduccionista, para terminar con el verdadero negacionismo climático, que descaradamente anula la verdad y transforma los hallazgos científicos bien fundados en suposiciones no comprobadas, en imaginativas conjeturas. Hay que desarmar las defensas del individuo como quiera que se presenten, que son parte de la naturaleza humana y son producto de miles de años de historia civilizatoria y determinan una responsabilidad limitada y circunscrita, y la negación que podría definirse como las formas ideológicamente perversas de usar defensas como la negación y la denegación.

Está organizado por grupos de presión que abogan activamente por la colonización de la biosfera y propagan el consumismo, y que es perfectamente explicable por meros intereses económicos. Otra modalidad perversamente defensiva consiste en cambiar en pensar que el placer y las ventajas individuales que se derivan del estado actual de las cosas, a expensas de los perjuicios causados a los demás y al medio ambiente, se pregonan como placer universal de

manera confusa, distorsionadora e invertida de la realidad (Hoggett, 2013). La dificultad de entrar en contacto con las propias angustias profundas lo lleva a uno a alejarse de cualquier sentido de la responsabilidad y toma de conciencia de la propia participación en la creación de los daños. Otra modalidad defensiva consiste en la racionalización, en la intelectualización, por lo que una comprensión emocional igualmente significativa no se corresponde con una correcta comprensión racional del drama de la situación ambiental. La brecha entre la comprensión y la sensación puede hacer que sea muy difícil actuar incluso para aquellos que están atentos y políticamente comprometidos. Expresiones como "calentamiento global", por ejemplo, ahora se nos escapan cuando reaccionamos a palabras mucho menos importantes. La apatía nos permite minimizar nuestros miedos, enfatizando el período de tiempo antes de que las consecuencias del calentamiento global se sientan por completo, o erosionando con escepticismo la credibilidad y la autoridad de la ciencia. Las personas pueden declarar angustia por la crisis climática, pero tienen que lidiar con esa molestia hasta que no se acepte el cambio de comportamiento resultante (por ejemplo, usar el transporte público, andar en bicicleta bajo la lluvia, invertir dinero en el aislamiento de las casas). Estas maneras de defendernos y tener a raya la angustia en relación al desastre ecológico impiden respuestas constructivas y movilizarse por energías reparadoras, paralizando a hombres y mujeres al momento de traducir sus preocupaciones en acciones, como si nuestro planeta fuera un inodoro ilimitado, un gran vertedero capaz de absorber nuestros productos tóxicos infinitamente. Sería necesario elaborar los sentimientos angustiosos de pérdida y de finitud para relacionarnos auténticamente con un mundo dinámico e incierto, que permita también la debilidad, la fragilidad. Lo humano abarca aspectos defensivos tales como la negación y la denegación (aunque provengan de los mecanismos internos y externos que hemos visto) pero también los afectos y la propensión a compartir; si bien es imposible no advertir estas defensas, es necesario trabajar para no expulsarlas del discurso y sacarlas del dominio del negacionismo. La indiferencia, el descuido, la pereza, la banalización y desvalorización científica de los riesgos ecológicos, la subestimación de los efectos catastróficos y la apatía ante la ruinoso involución de la relación hombre naturaleza, pueden defenderse de una angustia intolerable, por lo que se vuelve necesario encontrar enemigos más visibles que impliquen menos las propias dificultades a cambiar estilos de vida, como por ejemplo el terrorismo u otros hombres, otras naciones lejanas como China o India con su desenfrenado desarrollo económico. Es necesario también escapar de la reacción contraria, que incluye la exaltación acrítica del mundo natural en el que, parafraseando al Cándido de Voltaire, todo sería para bien en el mejor de los mundos posibles, y la dramatización obsesiva de las prácticas de defensa ambiental, el uso prolongado de tonos alarmistas e interpretaciones apocalípticas, la oposición al progreso científico.

Estas posiciones pueden convertirse en caldo de cultivo para una adhesión conformista y fanática a la ideología ecológica en una especie de "alucinación" grupal. El fanatismo debe entenderse como un refugio del miedo a sentir, pensar, enfrentarse, haciendo rígida y extrema la angustia, la antecámara de la desesperación y el pánico. Este es también un mecanismo de defensa que, enfatizando idealmente la relación del hombre con la naturaleza, de hecho la distorsiona, haciéndola retórica y esencialmente inservible. A mi parecer, los psicoanalistas, para poder confrontar con estas defensas, deben asumir un claro compromiso cívico, una clara posición política sobre la urgente necesidad de preservar y cuidar el mundo, participando en el desarrollo de una ética ambiental que involucre también la alimentación, los productos que decidimos comprar, la forma en que construimos nuestros hogares y ciudades y nos movemos por nuestros territorios.

D.M. Eres autor de un conocido libro, *Pedofilia y psicoanálisis*, traducido a muchos idiomas y que fue presentado a los candidatos de la Sociedad Helénica, despertando un gran interés. Ciertamente la pedofilia es una de las perversiones más graves. Se podría hablar más en general de perversiones, porque, en comparación con el pasado, en los últimos tiempos es cada vez más frecuente que los pacientes con trastornos parafilicos recurran a nosotros en nuestros estudios.

C.S. La sexualidad humana representa un fenómeno tan complejo y multideterminado, tan situado en la intersección de la naturaleza y la cultura, que cualquier referencia rígida a un concepto estático de norma es poco realista. Sin embargo, para no caer en la oscura noche hegeliana en la que todas las vacas son grises, vale la pena intentar trazar esa frontera imaginaria y cambiante entre lo normal y lo patológico, cuya trayectoria se ve afectada por los condicionamientos socioculturales sobre experiencias y comportamiento humano. Soy consciente de la ambigüedad del camino recorrido, de los riesgos inherentes a una definición, la de la perversión, que puede asumir valores moralistas y peyorativos, pero también estoy convencido del valor de una investigación clínica lo más respetuosa posible con diversidad y centrada en el sufrimiento humano, tanto el que se manifiesta y se siente subjetivamente, como el que no es del todo perceptible por ser "egosintónico". En el debate científico que se ha desarrollado en los últimos años, el término "perverso" ha tendido a desaparecer en las clasificaciones psiquiátricas, y a reducir su peso específico en la terminología psicoanalítica, para definir más que nada una variante de la orientación sexual estándar. Aunque con un significado más neutro que el de "perversión", el término "parafilia" corre el riesgo de ser, por un lado, demasiado anodino y genérico y, por otro lado,

de referirse, como dice Franco De Masi, a supuestos componentes amorosos, reduciendo la perturbación a un puro problema de orientación de las pulsiones. Más que referirse a manifestaciones externas de la sexualidad, tiene más sentido referirse a la forma en que se busca y satisface el placer, es decir, a las formas repetitivas, muchas veces compulsivas o impulsivas a través de conductas que refieren a la prevalencia de instintos parciales como desarrollo inhibido, traumas tempranos, fenómenos de regresión, etcétera. Las teorías de las perversiones son muchas y diferentes y se refieren muchas veces a los conflictos no resueltos, el retraso en el desarrollo afectivo, la repetición para tratar de dominar el trauma sufrido, la cualidad narcisista de las relaciones objetales, la evolución sádica de la agresión destructiva. En realidad, no siempre es fácil hacer distinciones claras en la clínica, y por tanto afirmar hipótesis etiopatogenéticas igualmente claras; es más frecuente observar cuadros compuestos y de geometría variable, situaciones clínicas que vacilan de una forma a otra, por ejemplo cuadros episódicos y desorganizados que se estructuran en situaciones perversas abiertas y estables, situaciones aparentemente revestidas de ternura y curiosidad que, dotadas de una notable plasticidad, se transforman en pinturas violentas y sádicas, episódicas o de estructura permanente. El estudio y la terapia de las perversiones responden a una necesidad social en tanto tienen también la función de prevenir, en lo posible, eventuales sufrimientos inflingidos a otras personas, víctimas conscientes o inconscientes de los comportamientos perversos en la modalidad y justificación en que se manifiesten. En los últimos años, gracias en parte a las teorías kleinianas, el concepto de perversión se ha extendido, rebasando los límites de las definiciones originarias y fusionando a su interior algunos rasgos de personalidad o modalidades de relación. Un estiramiento excesivo del concepto, sin embargo, corre el riesgo de depurar la perversión de cualquier connotación sexual, asumiendo principalmente el significado de distorsión de la realidad, de perversión relacional. Lo que podría definirse como una nueva economía psíquica, por usar un término querido por Joyce McDougall, basada en la búsqueda del placer extremo y su exhibición, hoy se encuentra en fenómenos sociales ampliamente difundidos con una generalizada modificación de la mentalidad colectiva. La búsqueda de dominio, el estereotipo depredador, la idealización del dolor y la destructividad, la ideología de lo mecánico y lo inanimado, la repetición ritual y la práctica de lo extremo parecen referirse a una cultura que niega ciudadanía al límite y que hace propaganda de la desregulación ética. Un fenómeno reciente muestra que las perversiones tienden cada vez más a salir de la intimidad secreta de la relación dual para configurarse como actitudes e intercambios grupales y se autojustifican a través de la proposición del derecho a una cuota cada vez más grande de transgresión, promocionada como elemento visible y compartido de libertad. Cuando las perversiones se convierten en mercado y se liquidan

ostensiblemente a través de Internet –que favorece, a través de la virtualidad de experiencias comunicativas, la ausencia de límites, el control del otro, experimentado como desvitalizado y deshumanizado, incapaz de emociones y sentimientos a excepción de las que narcisísticamente se le atribuyen–, es legítimo preocuparse mucho porque el fenómeno corre el riesgo de tener las connotaciones de una verdadera epidemia social, en la que la asociación en la red representa también el intento de evadir la culpa inconsciente del individuo mediante un intercambio sin problemas. Algunos psicoanalistas sostienen que hemos pasado de una cultura basada en la representación o evocación del objeto deseado, a una cultura de la presentación, que consiste en apropiarse automática e instantáneamente del propio objeto sin mediación. Es decir, de una cultura basada en la supresión de los deseos, y por tanto en la neurosis, a otra que recomienda su libre expresión y satisfacción y que por tanto fomenta la perversión. El bienestar psíquico y la salud mental parecen estar no tanto en armonía con lo ideal como con un objeto de satisfacción consumista. Pienso que, si bien contienen elementos de verdad y referencias a tendencias sociales objetivas en curso, estas afirmaciones no deben ser absolutizadas ya que, si se generalizan, pueden conducir a posiciones reaccionarias y conservadoras que, oscilando entre la idealización y la denigración, remiten nostálgicamente a un pasado con límites precisos y, por tanto, en todo caso con un potencial organizativo definido, en oposición a un mundo actual sin posibilidad de delimitación y, por tanto, tan incoherente y desencantado como para volverse psicoanalíticamente inasequible. Sabemos que los perversos rara vez han recurrido a un psicoanalista porque en el momento en que intentan un proceso de curación, tendrían que renunciar a sus comportamientos y al beneficio secundario que se deriva de ellos en forma de placer triunfante. Lo que paradójicamente está sucediendo, en cambio, es que en comparación con el pasado, en los últimos tiempos han aumentado las solicitudes de psicoterapia y análisis en nuestros estudios por parte de perversos y, en concreto, de personas afectadas por la adicción a las imágenes perversas, especialmente la pornografía infantil en la web. Esto sucede porque a menudo temen las consecuencias sociales del impulso que los empuja a contactos sexuales físicos o virtuales juzgados reprobables e ilegales, pero también porque comienzan a percibir como emocionalmente insostenibles, ya no fácilmente tolerables. La esperanza es que estas débiles tendencias puedan ser fortalecidas para que el trabajo psicoanalítico, a través de la impermeable relación transferencia-contratransferencia, pueda permitir el acceso, aunque con enormes dificultades, al mundo infantil del perverso, a sus angustias, a los traumas sufridos y nunca más elaborados, a sentimientos indescriptibles incluso para sí mismo. La relación analítica puede propiciar procesos de identificación con la víctima, que no es experimentada como un compañero consentidor en un intercambio sexual

lúdico, sino como una persona traumatizada y sufriente y permite la constitución de esbozos depresivos preparatorios para una toma de conciencia estable.

D.M. También el concepto de perversión, diferente al de perversidad, despertó en mí un interés notable.

C.S. Desde una perspectiva fenomenológica que no descuida la lección psicoanalítica, la perversidad ha sido definida por Henri Ey como la atracción y el deseo del mal, la voluntad de hacer el mal, el placer de abrumar, la tendencia deliberada a cometer el mal y la agresividad por el único propósito del daño. Claude Balier (1996) formula los conceptos de "perversión" y "perversidad", distinguiendo claramente las conductas perversas de las conductas sexuales violentas; él introduce de manera original el concepto de perversidad sexual: el criminal es tomado por completo dentro de la puesta en escena que él mismo pone en escena, hasta el punto de ser actuado y desaparecer como sujeto. La perversidad sexual está muy cerca de la psicosis y debe incluirse en el registro de la violencia pura que conduce al aniquilamiento del otro en beneficio de la posesión narcisista. En la organización perversa, que se define como método defensivo de la angustia de la castración o angustia de la pérdida del objeto, sin embargo, el sujeto es capaz de reelaborar, de diversificar. Los momentos perversos de los fetichistas, masoquistas, exhibicionistas, mirones, les permiten integrar la violencia original, limitarla, evitar que se desborde más. La pornografía, en la que a menudo aparecen imágenes sádicas, puede defenderse de la representación de fantasías asesinas. En los casos graves sucede lo contrario: el escenario perverso no solamente no facilita la integración de cierta violencia destructiva, sino que incluso pasa al servicio de la violencia. Puede decirse que hay perversión de la perversión sexual en el sentido freudiano del término, es decir, inversión de la organización psíquica correspondiente, fracaso, en todo caso, de lo que parece funcionar de vez en cuando en los perversos que nos encontramos en la cama. Para entender cómo funciona esta evolución inversa, necesitamos volver a la metapsicología de la pulsión parcial. En cada impulso hay una intención sexual y otra destructiva. Mientras los dos fines se articulan bajo la primacía de la genitalidad, los fracasos son limitados. Cuando la intención destructiva relativiza la satisfacción sexual, entonces hay una perversión de la perversión, y vamos hacia la perversidad sexual, con pasajes relativamente violentos al acto, que implican un déficit o incluso una ausencia de la capacidad de simbolización. Para abordar adecuadamente este tema, necesitamos referirnos al concepto de pictograma de Piera Aulagnier (1975), es decir, lo más original, por encima de cualquier representación de la escena

primaria. Su modelo sería el encuentro boca-mama en el que el objeto no se distinguiría de la zona erógena. En definitiva, sería una especie de experiencia del cuerpo que anima las emociones más primitivas donde se confunde el displacer con el placer, lo representativo con lo representado. Sin embargo, el todo constituye un "fondo representativo", que se irá configurando en el transcurso de procesos posteriores, en los que la escena primaria puede ser representada a través de las relaciones parentales en un *après coup*. Si, en cambio, en su función de espejo del pictograma, el acto en la realidad que rompe con el pensamiento logra conservar un ajuste organizativo con este "trasfondo representativo", podría tener el mismo potencial positivo que Winnicott asigna a la reacción antisocial, que busca recuperar algo de lo "suficientemente bueno" que se ha perdido. La perversión sexual, dice Balier, apela a un proceso de abolición de la naturaleza objetual del otro y de desobjetivización al mismo tiempo, que permite al paciente escapar de una catástrofe psicótica, reduciendo, sin embargo, la propia existencia, por un período más o menos largo, a la pulsión misma y a su manifestación en el mundo circundante, quizás en su extensión extrema, de tipo homicida. También Otto Kernberg (1992) diferencia la perversión de la perversidad, a la que define como la transformación intencional, consciente o inconsciente, de algo bueno en algo malo: el amor en odio, el significado en falta de sentido, la cooperación en explotación, la comida en heces: está al servicio del narcisismo maligno. Yo he tenido experiencias de cuadros muy complejos y variables, cuya estabilización se produce en tiempos sucesivos en los cuales es posible dar cuenta de intentos dolorosos de comunicación, sea por un narcisismo destructivo de base que al mismo tiempo jaquea los intentos objetuales desesperados; por eso pienso que es útil y oportuno diferenciar situaciones en las que hay presencia de aspectos comunicativos y objetuales con pronosis más favorables, si bien reservadas, de las que se puede hablar de Thanatos puro, destructividad primaria con pronóstico desfavorable, distinguiendo, por lo tanto, la perversión de la perversidad. Esa distinción me parece extremadamente convincente y útil desde un punto de vista clínico, en tanto evita que la perversión abrace cuadros clínicos con diversas modalidades de funcionamiento mental. Creo que la sintomatología perversa se expresa de manera diferente según se injerte en cuadros neuróticos, borderline o psicóticos, con consecuencias diferentes también desde el punto de vista del tratamiento psicoterapéutico. Son diferentes, de vez en cuando, las defensas que se forman, pero en la perversión, sobre todo, se conserva una reducida capacidad de representación, mientras que la perversidad sexual se constituye principalmente por la ausencia de pensamiento, la imposibilidad neta de simbolización. Si en la perversión prevalece el narcisismo a-objetual, en la perversidad presente en las personalidades antisociales y psicóticas asistimos a la desestructuración del Yo. Mirar los aspectos defensivos de la perversión, incluso en las formas más aparentemente a objetuales, permite

profundizar en las raíces traumáticas que dan vida a la personalidad perversa, suma de microtraumas repetidos, comunicaciones familiares patógenas, desprendimientos prematuros, abandonos, y aleja hipótesis de teorías innatistas, que correrían el riesgo de cristalizar la patología perversa.

D.M. ¿Qué puedes decirnos del psicoanálisis italiano? En Grecia hemos ya hemos presentado a varios psicoanalistas italianos, entre otros Antonino Ferro, Stefano Bolognini y Sarantis Thanopoulos, y en el último número de la revista *Οιδίπους* presenté la teoría del campo con una especificación sobre cómo se entendió la teoría y la clínica desde la escuela italiana.

C.S. En una carta a Edoardo Weiss del 19 de noviembre de 1923, Freud escribía: "No duden que también en Italia el porvenir es del psicoanálisis. Solo que deberá esperar bastante tiempo". La profecía de Freud se cumplió. El psicoanálisis italiano, después de las dificultades iniciales, estuvo atravesado por intensos fermentos favorecidos también por diferentes influencias teóricas, especialmente a partir de 1970. Si bien la base freudiana permaneció intacta y común, fue confrontada y enriquecida gradualmente con el pensamiento psicoanalítico francés, con el pensamiento kleiniano, con el post-kleiniano, por lo tanto, nuevamente con el bioniano y el winnicottiano. Más recientemente también ha habido aperturas al pensamiento kohutiano, la teoría del apego y el intersubjetivismo. La multiplicidad y articulación de las diferentes orientaciones se manifestó en enfrentamientos incluso acalorados, pero nunca en disputas y lacerantes guerras internas. Muchos analistas extranjeros de estas escuelas han contribuido a la formación de analistas italianos con conferencias y supervisiones en nuestro país. Yo mismo he tenido el placer de participar en conferencias y grupos de supervisión dirigidos por Donald Meltzer, Salomon Resnik, John Steiner, Ronald Britton, Elisabeth Bott Spillius, Eric Brenman, Jean-Michel Quinodoz, Jacques Hochmann.

Nuestra habilidad estuvo, como escribe Stefano Bolognini en la introducción al libro que publicó *El sueño cien años después* (Bollati Boringhieri, Turín, 2000), "en la hibridación integradora consciente y de buen nivel", en la fecunda contaminación entre diferentes direcciones teóricas. Entre los grandes personajes del pasado del psicoanálisis italiano cabe mencionar a Musatti, Fornari, Gaddini, Matte Blanco, Corrao, Luciana Nissim. La lista de psicoanalistas traducidos a diferentes idiomas hoy y conocidos en todo el mundo, además de los nombres importantes que mencionaste, sería demasiado larga y no quiero correr el riesgo de descuidar a ninguno de ellos y mucho menos mencionarlos en una forma insuficientemente detallada. Yo mismo he sido invitado repetidamente a dar conferencias y supervisar en Francia,

España, Portugal, Inglaterra, Brasil, Argentina y los Estados Unidos. El psicoanálisis italiano en las últimas décadas ha tenido importantes desarrollos teóricos y progresos clínicos y lo ha demostrado, como recuerda Anna Nicolò en la introducción al libro *La Sociedad Psicoanalítica Italiana. Un siglo de historia, ideas y analistas* (Alpes, Roma, 2020), editado por Fabio Castriota, que la historia de la SPI como institución se ha caracterizado por la contaminación con la historia de la sociedad y de las estructuras sanitarias y universitarias italianas debido a la presencia de psicoanalistas en ellas, entre los cuales recuerdo a Dario De Martis y Fausto Petrella porque fueron mis maestros. El pensamiento psicoanalítico italiano ha realizado aportes particularmente significativos y originales en particular en temas como la transferencia/contratransferencia, la persona del analista y el campo analítico, el trauma, el duelo y su elaboración, los estados preverbales, fusionales y primitivos de la mente, la metapsicología y la teoría de la técnica, patologías graves, la relación creativa con otras disciplinas. El grupo *Geografías del psicoanálisis*, coordinado por Lorena Preta y al que pertenezco, trata de trazar un mapa del psiquismo a partir de las interconexiones e interacciones que generan culturas incluso lejanas al psicoanálisis, tratando cuestiones problemáticas que encuentran diferente expresión en varias realidades. La experiencia del grupo, a partir de Italia, se ha vuelto internacional y actualmente encuentra un lugar central en la página de inicio del sitio web de IPA. Hace unos años se publicó el libro *El pensamiento psicoanalítico italiano. Maestros, ideas y tendencias desde la década de 1920 hasta hoy*, coordinada por Franco Borgogno, Alberto Luchetti y Luisa Marino (Franco Angeli, Milán, 2017) que ilustra la riqueza y la creatividad de los analistas italianos de hoy. Las reflexiones desarrolladas y las experiencias maduradas dan lugar a una especie de fresco teórico-clínico variado y colorido, que diferencia el pensamiento psicoanalítico italiano del francés, británico, norteamericano o sudamericano. Creo que hoy podemos hablar efectivamente de un psicoanálisis italiano que, incluso en una crisis del psicoanálisis a nivel mundial también favorecida por las aceleradas dimensiones espacio-temporales y por una tendencia al pensamiento concreto, muestra toda su vitalidad y necesidad, abriéndose cada vez más en comparación con otros saberes y merecedores de un lugar destacado en la cultura y la sociedad.